

se incorporaron á la brigada. El general Mata le llevó de Orizaba seiscientos cincuenta de caballería que encontraron el grueso de la fuerza en Medellín, lugar en que también se le incorporó, al siguiente día, el coronel Jiménez con una sección compuesta de trescientos ginetes y doscientos infantes, ascendiendo toda la fuerza con que el general Benavides iba á sitiar á Veracruz, á un total de dos mil quinientos cincuenta hombres.

El 15 de Marzo estaba frente al puerto, á distancia de cuatro kilómetros, en los momentos en que acababan de embarcarse los franceses, y aún permanecían fondeados en Sacrificios diez y siete transportes. Las puertas de Veracruz fueron cerradas tan luego que se advirtió la presencia de los republicanos. Componíase la guarnición de ciento ochenta extranjeros de la contra-guerrilla francesa y doscientos ochenta de las guarniciones de Córdoba y Orizaba, cuatrocientos cincuenta de caballería al mando de Figuerero y Marrero, formando un total de ochocientos hombres.

Los republicanos pusieron sus campamentos en la Casamata y Malibrán, además del que formó la caballería. Avanzadas de esta arma, de los de la plaza, salieron hasta el panteón y después se replegaron á sus líneas. Fué cortada el agua de Jamapa é impidieron la comunicación por Vergara las fuerzas que llevó el general Mata, sustituido por el coronel Francisco P. Milán. Avanzaron los sitiadores hasta el panteón y por la noche hicieron fuego con la única pieza de artillería que entonces poseían; de la plaza comenzaron á salir individuos del pueblo á unirsele, y con ellos organizó el general Benavides el batallón que se denominó "Libres de Zamora" fuerte en cuatrocientos soldados. Los sitiados también formaron dos compañías de "Guardia ciudadana," tripularon el vapor "Tabasco" y una lancha cañonera, recibieron de la isla de Cuba algunos aventureros que allá fueron enganchados y seiscientos quintales de pólvora.

A pesar de los ardores de la estación en aquellos arenales que despedían fuego, llevaron á cabo los sitiadores algunas obras avanzadas, dirigidas por el coronel de artillería Don Manuel Larrañaga y el teniente coronel Don Jo-é G. Alba, mayor de órdenes; fué llevado desde Alvarado un antiguo cañón de fierro, que estaba enterrado en los médanos, y también en el Chiquihuite y Córdoba fueron recogidos otros cañones que se desclavaron y les pusieron montajes en un taller de maestranza improvisado en el campamento republicano. Una granada mató al teniente coronel Berna que fué muy sentido entre los sitiadores.

La falta de recursos obligó al general Benavides á retirar una parte de sus fuerzas. El 16 de Abril hicieron los sitiados una salida sobre el campo de Vergara, y después de un ligero combate se retiraron, dejando el terreno próximo á la plaza sembrado con granadas explosivas. El caseando los víveres frescos dentro de la plaza, aumentó considerablemente el número de enfermos.

Habiendo comunicado los sitiadores la noticia de la toma de Querétaro al comisario Bureau, propuso éste que para rendirse fuera ratificada por la legación

británica de México. El 20 de Mayo ofrece á los sitiados el general Benavides, la garantía de la vida si se rinde la plaza, y se muestra exigente aunque sus tropas eran diezmadas por las calenturas endémicas y se afana en ocultar su pésima situación, teniendo que llamar al campo de la guerra las fuerzas que habían sido retiradas. Caen enfermos y son llevados á Medellín los jefes de más actividad, y aun el general Benavides se ve obligado á guardar cama.

En esos momentos se presenta en la rada de Veracruz el general Santa Anna, á quien algunos de los sitiados quieren poner al frente de la situación; pero el capitán de la fragata inglesa "Jason" y de la cañonera norte-americana "Tacony," acuerdan que sea extraído del vapor americano "Virginia" y puesto en seguridad á bordo de la "Tacony." Al día siguiente vuelve Santa Anna al "Virginia" que parte para la Habana con escala en Sisal, donde lo extrajeron los republicanos y se lo llevaron para Campeche. Más tarde, conducido á Veracruz, fué juzgado y sentenciado al destierro.

Sabida con exactitud la pérdida de la capital y el fusilamiento de Maximiliano, se fugaron de Veracruz los principales jefes, Bureau, Marín, Herran y otros, dejando la plaza abandonada en manos del jefe español Pérez Gómez, quien hizo embarcar á los españoles y franceses enganchados, y también él se escapó dejando la ciudad encomendada al Ayuntamiento. Desbandadas las tropas sitiadas, el Sr. Francisco Lara reúne alguna fuerza para cuidar del orden y seguridad de la población, á la que entró el coronel Milán la mañana del 27 de Junio con parte de sus tropas, y al siguiente día verificaron su entrada todas las demás de la División sitiadora. El sitio de aquel puerto duró ciento seis días, y aunque se quiso llevar artillería de los Estados Unidos, el gobierno de esta República puso trabas para que se realizara el proyecto.

Los últimos ciento cincuenta austriacos que se embarcaron en Veracruz en el vapor "Elisabeth," permanecieron en el muelle durante algunas horas y se les vió con indiferencia, lo mismo que cuando se desprendían de allí en los lanchones que les condujeron á bordo del buque que iba á conducirlos á Europa.

También en el Estado de Yucatán sostuvieron los imperialistas su bandera aun en los días en que sucumbía Querétaro. El general republicano Zepeda Peraza los alejó del pueblo de Tenabo, después que el coronel Matías Cámara los había derrotado el 29 de Marzo (1867), en Tecoh. En el Estado de Campeche el jefe de la escuadrilla, Vicente Capmany, batía el mes siguiente á la flotilla de los imperiales y se presentaba dominante, amenazando la ciudad del Carmen. Entonces todas eran pérdidas definitivas para los imperiales, que se vieron obligados á sucumbir capitulando en Mérida y en los pocos lugares que aún conservaban con extraordinario esfuerzo.

Después del triunfo alcanzado el 16 de Mayo sobre los imperialistas del Oriente en aquella península, habíanse visto obligados los coroneles Muñoz y Díaz á levantar el campo en la ciudad de Izamal; pero en cambio los jefes Manuel y Domingo Sierra lograban que Tizimín y Espita volvieran á poder de los republi-

canos, aunque la victoria tuviera por precio la vida del jefe principal Vicente Ríos.

El 21 de Mayo, ya posesionados de Mérida los republicanos, expidió el gobernador y comandante militar Don Manuel Zepeda Peraza, una proclama recordando los triunfos obtenidos por los partidarios de la República; se le permitió al comisario imperial Salazar Harregui que saliera del país, concediéndole esta gracia debido á las buenas intenciones y á la honradez personal que manifestó durante su administración.

\* \* \*

La noticia del fusilamiento de Maximiliano llegó á París en los momentos en que Napoleón III parecía culminar en el apogeo de sus glorias; aquel suceso las oscureció con un velo de tristeza que significaba el presagio de las derrotas, de la caída y fin del Imperio bonapartista.

En el día señalado para la distribución de premios á los expositores que concurren al gran certamen de 1867, vióse París engalanado con sus banderas tricolores y sus águilas imperiales; el grandioso aspecto que á la capital francesa daban la alegría y el entusiasmo de más de un millón de personas dispuestas á gozar con las suntuosas fiestas preparadas, era favorecido por las bellezas de un tiempo delicioso.

En medio de aquel concierto de grandezas vibró una nota discordante: poco después de las once de la mañana, se recibió en el Ministerio de Negocios extranjeros un despacho telegráfico que refería el trágico fin del Emperador Maximiliano; cinco minutos después se presentaba el Ministro en la Secretaría particular de Napoleón, con objeto de participarle tan inesperado y tremendo acontecimiento; pero no encontró al Emperador que acababa de retirarse á sus habitaciones particulares para almorzar, y dejó al Secretario privado de éste, el encargo de transmitirle la noticia del funesto desenlace, ya temido, de la expedición á México.

La noticia no le fue comunicada desde luego; se esperó que pasaran las ceremonias de la distribución de premios á los expositores en aquel certamen memorable de 1867, aunque el ministro, no queriendo asumir la responsabilidad de guardar el secreto hasta las cinco ó seis de la tarde, hizo conocer el suceso á varios personajes de la Corte, entre ellos al Mariscal Vaillant, intendente de la Casa imperial, y á los Mariscales Niel y Mac-Mahon, conviniendo todos en que era conveniente y aun político guardar silencio hasta que concluyese la tarde, y asumió el Secretario particular la responsabilidad, en caso de que el Emperador se disgustara por el aplazamiento acordado.

Sin duda que el éxito feliz que había alcanzado Napoleón en su proyecto de la Exposición Universal, había contribuido á que se sintiera mejorado de sus padecimientos físicos. Después de haber dicho á su Secretario que podría hacer

frente á las exigencias de la situación, le preguntó si ocurría algo de nuevo.

—Sí, Majestad, le contestó; pero os daré cuenta en la tarde, luego que vuestra atención pueda apartarse de los ilustres huéspedes que se acercan ya.

Según lo anunciaban los tambores, no había tiempo que perder. Estos huéspedes reales eran: los Emperadores de Rusia, Austria y Turquía, los reyes de Bélgica, Suecia, Prusia, Holanda é Italia, el Jefe de Egipto y más de cincuenta Príncipes extranjeros.

La espléndida plaza del Carrousel estaba cubierta de tropas, cuyas bandas musicales tocaban la marcha de la reina Hortensia y el himno nacional, llegando el entusiasmo al colmo, cuando aparecieron el Emperador y la Emperatriz en un balcón de la sala de los Mariscales, momento grandioso en que millares de voces gritaron: ¡viva el Emperador! con estrépito unísono y general.

Mostróse Napoleón III contento y expansivo durante la ceremonia de la distribución de premios, acompañando la entrega de cada medalla y diploma con frases galantes de felicitación á los que se habían hecho acreedores á tan honorífica recompensa.

El regreso de Napoleón III á las Tullerías fué una continuada ovación; llegaba este monarca ambicioso á la más alta condición á que pudiera aspirar. El reloj del Palacio marcaba las seis de la tarde, cuando el glorioso Emperador, seguido de brillante comitiva, entraba en el gran patio de honor.

Pero aquella Majestad glorificada, incensada por los próceres más poderosos de la tierra, aquel coloso, centro de las miradas de todas las Naciones, y que se le podía considerar dispensador de todas las grandezas humanas, comenzaba á descender del zenit de su omnipotencia á la misérrima condición de un mortal vulgar.

Ya era tiempo de que se le comunicara la noticia acerca del término de la obra que calificó alguna vez la más gloriosa de su reinado, y del trágico fin del Emperador Maximiliano. Su Secretario le indicó por medio de una frase convenida para cuando había algo que comunicarle de importancia, que deseaba hablarle á solas, y se dirige al departamento respectivo, lugar que en esos momentos se encontraba ocupado por los ministros, los generales y otros personajes. Napoleón los despide pronto; penetra á las piezas contiguas donde le esperaba su Secretario, á quien dijo:

—Estais hoy solemne. ¿Qué os ha sucedido esta tarde?

—Majestad, le contestó el Secretario, estoy serio porque soy portador de una mala noticia. Desde esta mañana traigo conmigo un telegrama recibido á las once en el Ministerio de Negocios Extranjeros. ¡Majestad! ¡el Emperador Maximiliano ha muerto!

—¡Muerto! repitió Napoleón; y haciendo un esfuerzo añadió: ¿Cómo?

—Señor, de una manera inesperada y trágica; traicionado por algunos de los suyos... y fusilado.

Púsose lívido Napoleón; tembloroso, cerró por un momento los ojos, sus labios se movían sin pronunciar palabra, y pareciendo que reprimía sus sollozos, murmuró:

— ¡ Ah, pobre desgraciado joven ! (1)

Hubo un rato de silencio que interrumpió el Emperador, diciendo:

— ¿ Se sabe esta lamentable noticia en París ?

— Sí, Majestad; unas cuantas personas la saben. Supliqué esta mañana al Ministro del Interior y al Prefecto de policía, que no permitieran se publicara en los periódicos de la tarde; pero habiéndola recibido por la vía de Londres, creo que se habrá transmitido durante el día á las demás capitales de Europa. Será un golpe terrible para las Cortes de Viena y Bruselas.

— Sí, añadió Napoleón triste y triste, es golpe terrible y para nosotros de grandes consecuencias. ¡ Ay ! me dejé arrastrar por Morny á esa maldecida expedición, aunque desde su muerte he procurado salir de ella sin desdoro, con cautela, paso á paso. Desde hoy tendré que luchar con nuevas y difíciles complicaciones.

Dirigióse el Emperador hacia la puerta con la cabeza inclinada y pasos vacilantes; el golpe le había herido de lleno. El Secretario se apresuró á dirigirle algunas frases de consuelo.

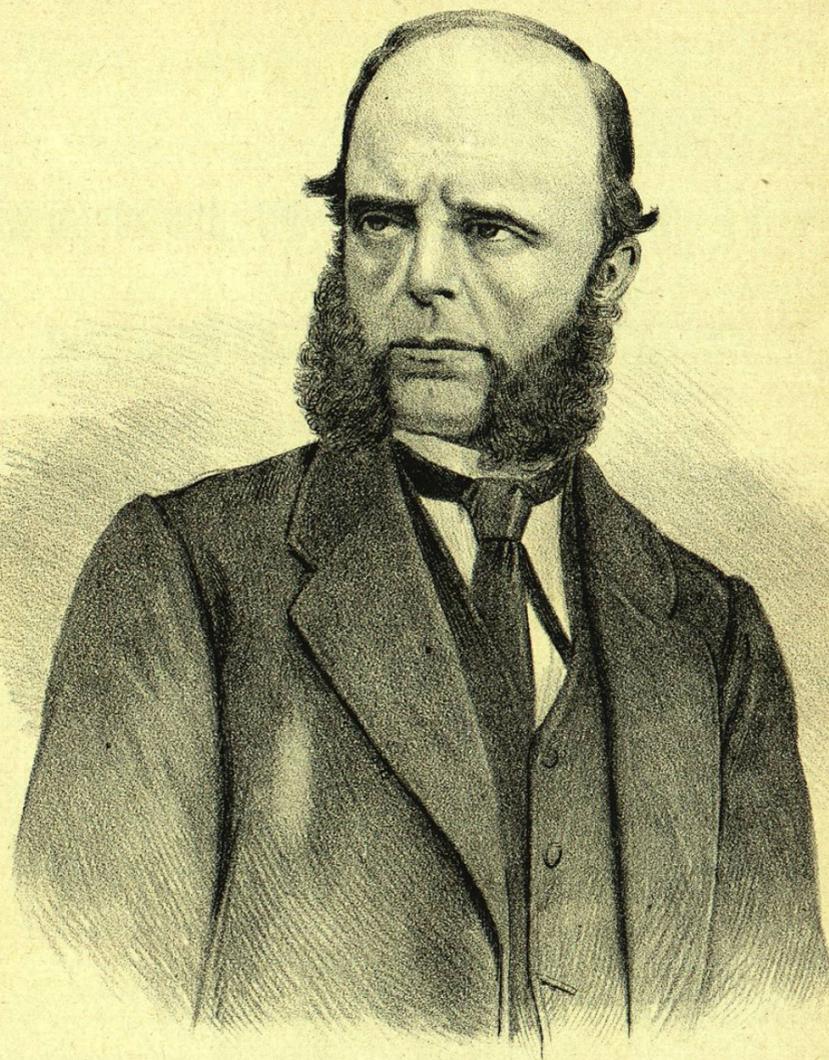
— Valor, Señor, aun hay remedio para las vicisitudes de la fortuna.

Nada contestó Napoleón. Se irguió y salió de la pieza para continuar en las luchas que sostenía. Todos procuraron leer en los semblantes de los que rodeaban al Emperador, la impresión que causaron las malas noticias de lo acaecido al Imperio en México.

En las demás ceremonias con que fué celebrada la clausura de la Exposición Internacional de 1867, se reflejó la tristeza que en la Corte produjo la trágica muerte de Maximiliano, y se pudo notar que cubrió un velo de luto los números que aún faltaban del programa imperial, terminado sin la animación y brillo que tuvo en los primeros días. Se lamentaba en Francia el aciago desenlace del Imperio que levantó la Intervención francesa, basada en el error de creer que la lucha separatista en la República norte-americana, no podía concluir sino con la separación de los Estados del Sur y, por consiguiente, con la debilidad de aquella gran Nación, error que llevó consigo el golpe mortal que acabó radicalmente con la Intervención de la Europa en los asuntos de México.

(1) Le pauvre malheureuse jeune homme.

## Fin de la Obra.



*Almirante Tegethoff.*

Encargado por el gobierno austriaco para recoger el cadáver de Maximiliano de Hapaburgo, se presentó en Veracruz á cumplir su encargo; pasó á la capital de la República; después de vencer algunos tropiezos consiguió que se embarcaran los restos del que por algún tiempo llevó el título de Emperador de México.